

# Madame Bovary



Fue un domingo de febrero, por la tarde; nevaba. Monsieur y Madame Bovary, Homais y León se habían ido todos a ver, a media legua de Yonville, en el valle, una hilatura de lino que se establecía. (...) Emma, que le daba el brazo [a Homais], se apoyaba algo sobre su hombro y miraba el disco del sol que irradiaba a lo lejos, entre la bruma, su palidez deslumbradora; pero volvió la cabeza: Charles estaba allí. Llevaba el gorro encasquetado hasta las cejas, y sus gruesos labios temblaban, lo cual comunicaba a su cara cierta expresión de estupidez; hasta su espalda, su espalda tranquila, resultaba irritante, como si en ella, expuesta sobre el redingote, se manifestara toda la vulgaridad del personaje.

Mientras ella le contemplaba, saboreando así en su irritación como una especie de voluptuosidad depravada, León se adelantó un paso. El frío que le hacía palidecer parecía marcar su rostro con una languidez más suave; entre su corbata y su cuello, el de la camisa, algo flojo, dejaba ver la piel; el lóbulo de una oreja salía por debajo de un mechón de cabellos, y sus grandes ojos azules levantados hacia las nubes, parecieron a Emma más lípidos y hermosos que aquellos lagos de las montañas en que se mira el cielo.

(...) Madame Bovary, aquella noche, no fue a la velada de sus vecinos, y cuando Charles hubo salido y

estuvo sola, la comparación recommenzó, ahora con aquella nitidez de una sensación casi inmediata y con la prolongación de perspectiva que el recuerdo da a los objetos. Mirando desde su cama el fuego claro que ardía, veía aún, como allí, a León de pie, que con una mano hacía encorvar su bastoncillo de junco mientras con la otra cogía la de Athalie, la cual chupaba tranquilamente un pedazo de hielo. Hallábase encantador; le era imposible dejar de pensar en él, recordaba sus gestos de otros días, las frases que había dicho, el timbre de su voz, su persona toda; y se repetía, avanzando los labios como para un beso: "¡Sí, encantador! ¡Encantador!... ¿Estará enamorado? - se preguntó-, ¿De quién, pues?... ¡Ah, de mí!".

Todas las pruebas de ello se le presentaban a la vez: su corazón le dio un vuelco. La llama de la chimenea hacía temblar en el techo un resplandor alegre; cambió de posición en la cama, y se extendió sobre la espalda estirando los brazos. Entonces empezó la eterna lamentación: "¡Oh! ¡Si Dios lo hubiera querido! ¿Por qué no será posible...? ¿Quién impedía, pues...?".

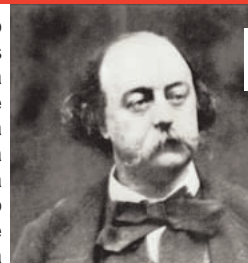
Cuando Charles entró, a media noche, Emma fingió despertarse; y habiendo hecho él ruido mientras se desnudaba, quejóse ella de jaqueca; después, preguntó como si tal cosa por la velada.

- El señor León -dijo él- se ha ido muy pronto.

Ella no pudo evitar una sonrisa, y se durmió con el alma llena de un embrujo desconocido.

**Flaubert, Gustave: Madame Bovary**  
Barcelona, Planeta, 1995 (páginas 101-103)  
Signatura de la Biblioteca: 82-FLA-ma

Flaubert fue llevado a juicio en 1857, un año después de haber publicado su obra en Francia, acusado de haber escrito una novela que faltaba el respeto a la moral. En pleno siglo XX, la Congregación del Santo Oficio lo sumó a la lista de libros "pornográficos" y la Sagrada Congregación en el Índice de Libros que contradicen la doctrina católica. El escándalo estaba servido y el éxito también, afianzado además por la respuesta que Flaubert daba a los medios cuando le preguntaron quién era la protagonista: "Madame Bovary soy". Afortunadamente, tanto Flaubert como Madame Bovary fueron absueltos y pudimos así conocer a la coqueta y seductora Emma, cuya gran estrategia de seducción consistía en sugerir, atraer y fascinar. Seducción a la que no escapa ni siquiera el lector.



## Gustave Flaubert

*"La presencia de su persona turbaba la voluptuosidad de aquella meditación. Emma palpitaba al ruido de sus pasos; después, en su presencia la emoción decaía, y luego no le quedaba más que un inmenso estupor que terminaba en tristeza."*

*"Ella recordaba a las heroínas de los libros que había leído y aquella lírica legión de adúlteras comenzaron a cantar en su memoria con voces fraternales que la encantaron. Ella se estaba transformando en una manifestación de sus propios ensueños."*

*"Tantas veces le había oído decir esas cosas, que para él ya nada tenían de original. Emma se parecía a todas sus amantes; y el encanto de la novedad, cayendo poco a poco como una prenda, dejaba ver al desnudo la eterna monotonía de la pasión, que siempre tiene las mismas formas y el mismo lenguaje."*

*"¡Ah! Si en la frescura de su belleza, antes de las manchas del matrimonio y de la desilusión del adulterio, hubiera podido colocar su vida sobre algún gran corazón fuerte, confundiendo entonces la virtud con la ternura, las voluptuosidades y el deber, jamás habría descendido de una felicidad tan alta. (...)"*

